

Cuernavaca, Morelos.
10 de junio de 2013.

Mensaje a la comunidad universitaria con motivo del Primer Informe de Actividades 2012- 2013, del Rector Dr. Jesús Alejandro Vera Jiménez

Muy buena tarde tengan todos los aquí presentes, en especial, aquellos que por los diferentes medios de comunicación nos acompañan.

Dr. Francisco Gonzalo Bolívar Zapata, Coordinador de Ciencia, Tecnología e Innovación de la Presidencia de la República. Psic. René Santoveña Arredondo, Secretario de Educación y representante personal del Gobernador Constitucional del Estado de Morelos. Diputado Humberto Segura Guerrero, Presidente de la Mesa Directiva del Congreso del Estado. Magistrada Nadia Luz María Lara Chávez, Presidenta del Tribunal Superior de Justicia del Estado de Morelos. Dr. Jorge Morales Barud, Presidente Municipal de Cuernavaca. Gracias por su presencia, es para mí, un gusto y un honor darles la más cordial de las bienvenidas.

Distinguidas personalidades que nos acompañan, senadores, diputados federales, diputados estatales, presidentes municipales, delegados federales, secretarios de gobierno, titulares de los organismos autónomos y demás dependencias del estado; rectores de universidades y directores de instituciones de educación superior, empresarios, representantes de la sociedad y de los medios de comunicación, gracias por su presencia; testimonio ella, de su compromiso y solidaridad con nuestra Universidad.

Familiares y amigos que me acompañan, son ustedes la principal fuente de mi inspiración, compromiso y vocación de servicio a favor de aquellos que sufren las injusticias de nuestro tiempo. Queridas hijas, su presencia en este espacio es como el hálito del viento que refresca y vivifica. María Elena, amada esposa, compañera entrañable, tu asistencia aquí, despierta en mí, sentimientos inefables.

Señores exrectores, Honorable Junta de Gobierno, Honorable Consejo Universitario, Comunidad Universitaria, con su permiso.

La gestación de la historia es la gestación del ser humano en el mundo. Nuestra historicidad es, esencialmente, la historicidad del mundo.

Somos primariamente históricos, existencia esencialmente temporal. Aquello desde lo cual comprendemos e interpretamos nuestro estar en el mundo, es el tiempo.

Y como al fin el tiempo se mueve, hace moverse al ser humano. Moverse es hacer algo, hacer algo de verdad, es hacer historias colectivas.

En cumplimiento a lo establecido en el artículo 28 de la Ley Orgánica de la Universidad Autónoma del Estado de Morelos, acerca de las obligaciones del Rector, me honro en hacer entrega de mi Primer Informe de Actividades, correspondiente al periodo que abarca del 14 de marzo del 2012 al 14 de marzo del 2013, producto del esfuerzo de todo un equipo de trabajo que aquí me acompaña y al cual, agradezco su esfuerzo y dedicación.

El Informe impreso que recibirán ustedes, contiene un recuento de nuestro estar y hacer institucionales y, asimismo, una reflexión que busca aportar elementos para explicar no sólo lo que hemos logrado y los retos que tenemos por delante, sino también lo que hemos sido, lo que somos y lo que queremos ser.

Todos los logros y avances referidos en dicho informe son importantes, tanto los que se refieren a las funciones sustantivas, como a los procesos de gestión y administración institucional. Es claro, sin embargo, que el de la autonomía financiera es mayúsculo por cuanto trasciende la dimensión económica. Implica la autonomía de pensamiento y la autonomía de conciencia, y coloca a nuestra universidad en una posición de avanzada en la lucha de las universidades públicas por consolidar su autonomía, fortalecer su legitimidad social y asegurar su viabilidad y sustentabilidad a mediano y largo plazo.

Ciertamente, algunos procesos apenas se han iniciado, otros se han estado preparando, los más profundos requerirán tiempo para implementarse y hacer visibles sus impactos. Pero los logros de este primer periodo son trascendentes,

en tanto que constituyen, el fundamento que nos permitirá seguir avanzando en la construcción de la universidad pública incluyente y socialmente responsable que hemos imaginado.

Por magníficos o pequeños que nos parezcan, todos esos logros requirieron de un esfuerzo mayúsculo de toda la comunidad universitaria, así como del apoyo solidario de actores políticos y sociales que se sumaron a la causa universitaria.

Expreso aquí, mi reconocimiento al Consejo Universitario, a la Junta de Gobierno, al Colegio de Directores, al Colegio de Profesores, al Sindicato de Trabajadores Académicos, al Sindicato de Trabajadores Administrativos, a la Federación de Estudiantes Universitarios de Morelos y, por supuesto, a mi equipo de trabajo, que con su actividad cotidiana y su compromiso institucional, contribuyeron a la construcción del primer tramo de nuestra gestión.

Asimismo, a nombre propio y de toda la comunidad universitaria, expreso un especial reconocimiento al C. Graco Luis Ramírez Garrido Abreu, Gobernador Constitucional del Estado, y a los diputados de la LI y LII legislaturas del Congreso Estatal, por el apoyo y gestiones realizadas a favor de nuestra Universidad, mismas que condujeron a la obtención de nuestra autonomía financiera.

A todos los actores que de manera solidaria se han sumado a la causa, muchas gracias.

El video que ustedes acaban de presenciar es una breve síntesis de dichos logros y avances; una muestra de nuestra humanísima acción de transitar en el tiempo; de salirle al paso para construir el pequeño tramo de historia que nos corresponde, necesariamente articulado a la historia del mundo globalizado de hoy.

Confío en que esta síntesis, haya sido lo suficientemente sugerente como para invitarles a analizar el informe que les será entregado y emitir un juicio valorativo sobre su contenido. Por lo tanto, evitaré volver a este y, en cambio, abusaré de su paciencia para compartirles algunas reflexiones que me parecen insoslayables de cara a escenarios nuevos y sin precedentes que, acompañados de una visión caótica de lo desconocido, nos provocan desconfianza y temor, al tiempo que nos plantean una serie de retos que, a su vez, nos exigen un auténtico posicionamiento ético-político, ineludible en el actual momento histórico.

Hoy, la humanidad sigue afectada por una de las más graves crisis de su historia; una crisis civilizatoria que trasciende lo económico y trastoca la dimensión ética de la convivencia humana. Será necesario un esfuerzo de varias generaciones para hacer frente a esta crisis y, al mismo tiempo, construir las bases de un nuevo futuro.

La enorme acumulación de fenómenos que hemos presenciado en años recientes y que eran inimaginables hasta hace poco, parece indicar que hemos entrado en una nueva época. Se trata de hechos inéditos de toda clase: naturales, como la inminencia del sobrecalentamiento de la tierra o del agotamiento de los yacimientos petrolíferos y de los mantos acuíferos; científicos, como el desciframiento del genoma humano; técnicos, como la generalización de la informática o la exploración de la nanotecnología; económicos, como el fracaso del neoliberalismo o el surgimiento de la economía china en calidad de interlocutora beligerante a escala mundial; políticos, como la caducidad del Estado Nación y el ahogamiento de la democracia representativa por los centros de poder económico, las corporaciones transnacionales y los medios masivos de comunicación; sociales, como el narcotráfico, la inseguridad y la violencia, la expansión de la migración en la demografía mundial y el hambre generalizada en muchas regiones del mundo; culturales, como la revaloración de las culturas populares y la entrada de la “alta cultura” al museo de la historia. Se trata de una cantidad abrumadora de hechos que, sin embargo, no contrarresta la sensación de vacío, de falta de sentido que acompaña a su surgimiento.

En este inicio de siglo, cuando el ascenso de la barbarie global parece aún detenible, nos sentimos encerrados en un horizonte que se nos quiere imponer como único de la historia, arrastrados hacia la uniformidad del mundo y la alienación de los individuos en la economía, condenados a moderar sus efectos sin tener contacto con sus causas; alienación cotidiana que se deriva de una confianza ciega: la fe en la entidad que, desde Adam Smith, se impone como la “mano oculta del mercado”, esa que, nos dicen, posee “la perspectiva más profunda” sobre las posibilidades de reproducción de la riqueza y la que tiene, por tanto, la “última palabra”. Esa que “sabe” lo que más nos conviene y que termina

por conducirnos, aunque a costa de “ciertos sacrificios” inevitables, por el mejor de los caminos.

Lo cierto es que esa “mano oculta” ha sido, en buena medida, la causante de una triple destrucción: del individuo, de la naturaleza y de pueblos enteros. La polarización a escala mundial es quizás, la expresión más dramática de estas destrucciones asociadas a la historia de los cinco últimos siglos. Hemos alcanzado un estadio tan avanzado de acumulación salvaje, que hemos llegado al punto de que la mayor parte de la población mundial se ha vuelto “superflua” para las necesidades del capital.

En el arranque del tercer milenio, tenemos mil millones de personas que padecen hambre en el mundo y, en este país nuestro, en donde la mitad de la población vive en los umbrales de la pobreza y más de siete millones de jóvenes no tienen acceso ni a la educación ni al trabajo, un solo individuo posee el título de ser el segundo más rico del planeta.

Esta es, qué duda cabe, la situación en la que se encuentra actualmente el sujeto político; en la que nos encontramos todos, en la medida en que pretendemos reconocernos como seres capaces, si no de gobernar nuestra historia a voluntad, sí al menos de apropiarnos de ella y de intervenir en ella para intentar dotarla de un nuevo sentido humano.

¿Cómo llegamos a esta especie de “callejón sin salida”? ¿Qué sucedió en el Siglo XX que nos condujo a semejante situación? Si queremos que la Tierra sobreviva y con ella, quienes la habitamos, es imperativo buscar en los resquicios de la historia la respuesta a estas interrogantes. Es imperativo también, que en esta búsqueda sean protagonistas nuestras universidades públicas, como condición necesaria para definir sus opciones valorales y educativas.

Porque la historia es, ante todo, memoria del pasado en el presente. Es una recreación colectiva en busca de respuesta a los porqués del presente. Es la casa de la conciencia de un pueblo, de una comunidad, de una institución; el contexto de su modo de pensar, de sus creencias, de su visión del mundo, de su ideología. Hace algunos años, el Dr. Pablo Latapí Sarre, eminente educador, pintó un imaginario sobre un futuro indeseable del México neoliberal y moderno de

mediados del Siglo XXI; una ficción deliberadamente distorsionada de nuestro país, planteada por él como advertencia de lo que pensaba nos podría ocurrir si seguíamos por el mismo camino.

La advertencia es pertinente en el actual momento histórico. Por ello, me he permitido elaborar una analogía de dicha ficción, agregando algunos elementos y sustituyendo otros, a fin de articularla a la cuestión que constituye el punto de partida de nuestro proyecto educativo universitario, frente a una crisis civilizatoria.

La analogía es la siguiente:

“Somos exitosos. Hoy, a mediados del Siglo XXI, la apertura comercial iniciada hace casi sesenta años, ha logrado que seamos un ‘país moderno’ ”. Aunque a costa de cinco décadas de sacrificios de las familias mexicanas en general, hoy, México es un país razonablemente incorporado a la economía mundial y se cuenta entre los países avanzados.

Somos exitosos y eficientes. Logramos resultados. La econometría nos lo muestra. Hay orden en las calles y en las universidades; hay eficiencia en el gobierno. Renace la noción de progreso. En las relaciones humanas, en todos los espacios sociales, el pragmatismo es una exigencia insoslayable.

Pero algo de nuestro pasado hemos perdido en la transición. ¿Qué perdimos? Perdimos el respeto hacia los “otros”: los diferentes, los vulnerables en general, todos aquellos que adquirieron la categoría de “perdedores”. Tantas cosas que no eran eficientes.

La poesía, por ejemplo, que en algún tiempo expresó los sueños de los jóvenes, o captó el encanto de la provincia, o inventó lenguajes inéditos, o liberó a muchos de la angustia y la desesperanza, ya casi desapareció. ¿Qué aporta un poeta al Producto Interno Bruto? Los programas educativos en arte, literatura y humanidades que ofrecía nuestra universidad no tenían ningún sentido, por eso desaparecieron también.

Filósofos que indaguen los límites y posibilidades de nuestro ser y estar en el mundo o, que profundicen en la identidad de lo mexicano, tampoco son hoy necesarios. Somos, por fin, internacionales; se nos mide, en todos los ámbitos de la vida, con estándares de “clase mundial”. Y el acceso a todo el saber necesario

se puede comprar en un disco compacto de 20 dólares. Por eso eliminamos también las bibliotecas de nuestras universidades.

Somos exitosos, es decir, somos “competitivos”. La competitividad era necesaria, desde luego, para nuestro desarrollo económico y aún para nuestro desarrollo personal; pero no nos dimos cuenta de que, llevada al extremo la búsqueda de la ganancia a ultranza, exacerbamos la exclusión, la destrucción del otro que se nos opone.

Tanto buscamos ser competitivos que perdimos nuestra tradicional solidaridad. La expresada en los desastres naturales: la del terremoto de 1985; la de la pobreza; la de las luchas en favor de los derechos humanos, o contra la contaminación del ambiente o la depredación de nuestros recursos naturales.

Nuestra solidaridad enfatizaba que todos los hombres éramos fundamentalmente iguales; algunos decían que porque somos hijos de un mismo Dios, otros porque somos hijos de la misma tierra. La competitividad, estimulada hoy en las universidades y vivida en los negocios, entroniza el principio de la supervivencia del más “apto” y la eliminación de los “ineptos”, de los “desechos humanos” en los que no vale la pena invertir.

Somos competitivos. Por fin desaparecieron nuestros indígenas y con ello, las costumbres que representaban la posibilidad de compartir y que nos educaban en la solidaridad. El Cuexcomate, símbolo de la identidad morelense, es apenas un nebuloso recuerdo en la memoria colectiva. ¿Cómo no iban a desaparecer estas costumbres si hace tiempo desaparecieron también nuestros indígenas?

Somos exitosos y también más racionales. Las fiestas de los pueblos, con sus derroches de flores y cohetes se fueron acabando. Con ello, sin darnos cuenta, se extinguió el antiguo sentido de celebrar la vida. Perdimos las fiestas populares y con ellas, los danzantes, los juegos, los trajes típicos, la picaresca y las artesanías.

Siendo tan pragmáticos y tan racionales, no nos percatamos de que perdíamos la fantasía, las ilusiones, la imaginación, las utopías. Ser más racionales significó que perdiéramos la necesidad de la esperanza.

Tuvimos éxito porque creímos en la sabiduría del mercado y en la mano invisible que lo mueve; el gran mercado internacional y el venerable dinero. Nos dijeron que eso era lo bueno de la modernidad capitalista. Habría abundancia, consumo, flujo de dinero; se acabaría el hambre y la pobreza; ya no habría guerras. Nada se cumplió, pero lo creímos y sentimos que triunfamos.

Pero no supimos distinguir a tiempo que el lucro, fuerza que movía el gran engranaje, era una fuerza devastadora que acabaría por corroer y corromper muchas cosas inestimables. Nuestros niños y jóvenes se educaron en la motivación de la ganancia y en el deseo de tener, y hoy somos tan pobres que no tenemos más que dinero. El afán de lucro no regulado por la razón ni autocontenido por la ética, arrasó con muchas formas de convivencia que definían nuestra cultura: la generosidad, la voluntad de compartir, la solidaridad.

El mercado nos proveyó de innumerables bienes innecesarios, pero no de los más importantes que no se compran ni venden. Entramos en la civilización moderna, la que está sometida a la riqueza material como valor supremo, y nos quedamos sin proyecto humano, sin ideales y con la mínima y pragmática moral de conveniencia que requiere el gran engranaje para funcionar.

Podemos escoger entre muchas marcas de automóviles pero, ¿no era todo lo que perdimos, condición de otra posibilidad de elección más profunda, la libertad de nuestra cultura, la que nos identifica con Nezahualcóyotl, Calderón de la Barca o Juan Ruiz de Alarcón; la libertad de la trascendencia, la de seguir siempre buscando lo que somos y en dónde somos? ¿De seguir hablando nuestra lengua y pensando nuestra palabra y nuestra historia? ¿No entregamos, otra vez, quinientos cincuenta años después, como oro por cuentas de vidrio, esa libertad y ese riesgo de ser hombres, a cambio de tener muchas marcas de automóviles?

El “Mundo Feliz” llegó a México. Lo cambiamos por la Suave Patria. Tuvimos éxito”.

Fin de nuestra analogía.

En el marco de la crisis civilizatoria que nos abrumba, he querido sugerir una reflexión crítica sobre los valores del modelo de desarrollo imperante, en los albores del Siglo XXI: la eficiencia, la competitividad, la productividad, la

racionalidad, el mercado, la apertura comercial, el lucro; y también sobre los riesgos que acompañan a dichos valores, porque unos y otros cruzan y condicionan nuestro proyecto universitario, y porque de nuestra posición ante ellos dependen nuestras opciones epistémicas, éticas y estéticas y, por tanto, nuestro proyecto de universidad y nuestros desafíos. Por tanto, exigen de nosotros una conciencia crítica y vigilante.

Desde esa conciencia crítica y vigilante, imprescindible en toda universidad pública, reiteramos nuestra convicción de que la necesidad de insertarnos como país en la economía mundial, y de estimular la eficiencia y la competitividad en los procesos productivos, puede y debe tener respuestas distintas a las que se han dado en las últimas tres décadas, respuestas que han generado un desarrollo desigual y desnacionalizado.

Sostenemos que nuestro país requiere un cambio de rumbo; que no resolveremos nuestros grandes problemas si seguimos por el mismo camino, si no contribuimos a realizar cambios de fondo, si no formulamos y aplicamos políticas públicas alternativas, si no imaginamos e implementamos un nuevo proyecto para el desarrollo nacional, salvo que nos satisfaga una ficción de futuro similar a la que aquí se ha bosquejado.

Que, como universitarios comprometidos, necesitamos imaginar nuevas utopías para un nuevo proyecto de país; atrevemos a cuestionar el dogma del pensamiento único, la falsa ideología del "fin de la historia", y a creer en la posibilidad de un mundo mejor, con más justicia social, sin marginación y exclusión, con bienestar y seguridad para todos. Expresamos nuestra voluntad y compromiso de participar, desde nuestra universidad, en la construcción colectiva de ese nuevo proyecto de país y de hacerlo sumando esfuerzos con actores políticos, instituciones gubernamentales y con los grupos sociales dispuestos a protagonizarlo.

Asumimos que, en el centro de dicho proyecto estará, necesariamente, un nuevo proyecto de universidad pública que apunte a la democratización del bien público universitario, es decir, a la contribución específica de la universidad en la

definición y solución colectiva de problemas sociales, a la vez locales, nacionales y globales.

En este sentido, reiteramos nuestro compromiso con un proyecto universitario incluyente que responda al gran desafío de ampliar sustancialmente la cobertura y hacerlo con calidad y pertinencia social; con un proyecto reiteradamente postulado de universidad pública crítica que, como hemos señalado en nuestro Plan Institucional de Desarrollo, avance por una doble vertiente: una primera que responda a las exigencias sociales en un contexto de modernización globalizada, conservando tradiciones propias pero reorientando y diversificando su oferta de carreras, sus líneas de investigación y sus formas de vinculación con los sectores social y económico, y con el Estado; que asuma la apertura, el intercambio académico, el impulso de la investigación, la extensión y la docencia de calidad; y que propicie el contacto con otras tradiciones y prácticas de educación superior, pero haciéndolo críticamente, sin perder el horizonte cultural propio.

Y una segunda vertiente que incorpore una visión distinta de México, una visión incluyente del desarrollo nacional, basada en valores de justicia y solidaridad con los grupos más vulnerables y excluidos de la educación superior; una visión articulada a otra modernidad posible y comprometida con un paradigma universitario emergente, más acorde con nuestras raíces y nuestros problemas.

Para ambas vertientes, hablamos de un proyecto que reconozca la especificidad humana de la educación y que, por tanto, tenga como horizonte la dignidad humana; sustentado en valores que nos permitan asumir nuestra posición política como ciudadanos y universitarios; valores epistémicos, éticos y estéticos que rompan la lógica de los valores instrumentales del “mercado” que, por su propia naturaleza, tienden a destruir nuestra autonomía y nuestra identidad cultural.

Proyecto ético-político que garantice la legitimidad y autonomía universitarias; que fortalezca la eticidad de nuestra presencia en el mundo; que asuma que la educación no es “neutra” sino que es una forma de intervención en el mundo; que reconozca que la libertad de comercio no puede estar por encima de la libertad del ser humano y que, por tanto, sobreponga los intereses radicalmente humanos a los intereses del mercado; que propicie el diálogo de saberes y, por tanto, se abra

a la pluralidad epistemológica; que contribuya a la emergencia de un paradigma científico y tecnológico que responda fundamentalmente a los intereses humanos y rompa la dicotomía naturaleza-ser humano.

En suma, hablamos de un proyecto de universidad pública humanista que mantenga vivo lo mejor de la cultura occidental moderna y democrática y, al mismo tiempo, reconozca el valor de la diversidad cultural del mundo, de nuestro país y de nuestro Estado en particular.

Los retos y desafíos que nos hemos impuesto, algunos de los cuales hemos señalado en nuestro informe impreso, están planteados en el horizonte de posibilidad de construir este proyecto de universidad pública.

Estas reflexiones nos parecen oportunas y pertinentes al finalizar nuestro primer ciclo de gestión e iniciar el siguiente. Con ellas queremos expresar nuestra preocupación constante por ubicar a nuestra universidad entre el pasado y el futuro, por entenderla a la vez como tradición y como proyecto histórico, así como explorar su potencialidad como constructora de nuevas realidades. Consideramos nuestros primeros logros como el punto de partida en la ruta hacia este proyecto histórico.

“Nuestro laberinto sólo cobra sentido, cuando encontramos su centro”, dice un verso de Jorge Luis Borges. Los logros de los que hemos dado cuenta, son punto de partida en la búsqueda del centro de nuestro proyecto histórico. Convocamos a la comunidad universitaria a seguir en esta búsqueda que es, al mismo tiempo, búsqueda y voluntad de cambio personal y colectivo.

Permítanme terminar con unas palabras para nuestros jóvenes estudiantes.

Desde el inicio de nuestra gestión afirmamos que ustedes son la razón de ser de nuestra universidad; que su presencia le da sentido a nuestros ideales de autonomía, libertad de cátedra e investigación.

Hoy ratificamos esta posición. En medio del peligro en que nos encontramos todos los hombres y mujeres de este planeta, les decimos que tenemos confianza en ustedes y les invitamos a abrirnos al mundo, compartir el compromiso de construir la universidad que queremos y hacerla nuestra.

Permítanme leerles un esperanzador verso de Hölderlin:

*“El fuego mismo de los dioses día y noche nos
Empuja a seguir adelante, Miremos los espacios abiertos, Busquemos lo que nos
pertenece,
Por lejano que esté”*

Sí, jóvenes estudiantes, la vida del mundo hay que tomarla como tarea propia y salir a defenderla solidariamente.

La solidaridad adquiere un lugar decisivo en este mundo acéfalo que excluye a los diferentes, a los vulnerables, a los “otros”. Nuestro compromiso solidario con los “otros” nos dará un sentido que nos colocará por encima de la fatalidad de la historia. De lo contrario seremos arrastrados por los profetas de la televisión, por los que buscan la salvación en la panacea del individualismo y del hiperdesarrollo. Tengan presente que el consumo no es sustituto del paraíso.

Sabemos que son muchos sus motivos para desconfiar de todo; ustedes son herederos de una crisis civilizatoria que aún no nos permite vislumbrar nuevos horizontes. Pero, aún así, se esfuerzan por acudir y aprender en esta universidad y por no traicionar los nobles valores que la sostienen.

Sabemos también que la inmensa mayoría, en medio de la tempestad, continúa luchando por construir su propio proyecto de vida, su propia utopía, mostrándonos así, que los obstáculos no impiden la historia. Ustedes nos recuerdan que el hombre sólo cabe en la utopía; que sólo quienes sean capaces de encarnar la utopía podrán enfrentar el combate decisivo, el de recuperar cuanto de humanidad hayamos perdido.

Por eso, reafirmamos nuestra confianza en ustedes. Por eso, también, ratificamos el propósito de construir junto con ustedes, una utopía educativa significativa que haga apasionante su aprendizaje y les proporcione un sentido de realización personal y de futuro, más allá de los imponderables signos enajenantes del “mercado”.

Por una Humanidad Culta, una Universidad socialmente responsable.

Muchas gracias.